

... aumentaba la capacidad para el cargamento, pudiendo  
... este hacerse en la misma sentina. ...  
... Tenia el mástil muy adelantado, tal vez demasiado,  
... pero por lo mismo el cargamento tendria mayor espacio  
... y hallándose el palo fuera del agua navegaba cada día  
... colando su salida: la panza era una galocha, que es lo  
... que hay en el mar mas edificado y estable.

De repente Gillist se apocrió de que el mar salia  
... Miró de donde venia el viento y se acordó de lo que  
... le habian dicho en el momento de salir de la bahía.  
... un árcora y rugió, ...

... de buena parte del mar estaba en el momento de salir  
... no se oian ...  
... el momento de salir de la bahía ...  
... el momento de salir de la bahía ...

... La salida se hizo en silencio, ...  
... viento del Norte y mas débil, que el del Oeste. ...  
... por medio de una palanca y un cable de ...  
... el momento de salir de la bahía ...

... Los que iban en el barco, Gillist, ...  
... cuando se acordó de lo que le habian dicho ...  
... Los que iban en el barco, Gillist, ...  
... cuando se acordó de lo que le habian dicho ...

... hacia poco viento, pero el poco que hacia era del  
... Oeste. Es una mala costumbre que el viento contrae du-  
... rante el equinoccio.  
... Segun el viento que sopla, la marea ascendente se con-  
... duce de diferente manera en el escollo Douvres.  
... Segun las ráfagas que las empujan, las olas entran en  
... el callejon por el Este ó por el Oeste. Si entran por el  
... Este son asaz apacibles, pero si entran por el Oeste son  
... furiosas, lo que depende de que el viento del Este, vi-  
... niendo de tierra, tiene poco aliento, al paso que el viento  
... del Oeste, que atraviesa el Atlántico, trae todo el soplo  
... de la inmensidad.

VII.

EN SEGUIDA UN PELIGRO.

Hacia poco viento, pero el poco que hacia era del  
Oeste. Es una mala costumbre que el viento contrae du-  
rante el equinoccio.

Segun el viento que sopla, la marea ascendente se con-  
duce de diferente manera en el escollo Douvres.

Segun las ráfagas que las empujan, las olas entran en  
el callejon por el Este ó por el Oeste. Si entran por el  
Este son asaz apacibles, pero si entran por el Oeste son  
furiosas, lo que depende de que el viento del Este, vi-  
niendo de tierra, tiene poco aliento, al paso que el viento  
del Oeste, que atraviesa el Atlántico, trae todo el soplo  
de la inmensidad.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

BIBLIOTECA II. A. N. L.

Muy poco viento aparente, siendo Oeste, es alarmante. Arroja las anchas olas de la estension ilimitada, y arroja demasiada agua á la vez en el estrecho del escollo.

El agua que se emboca ó cuela violentamente es siempre temible. Sucede con el agua como con la muchedumbre; una multitud es un líquido; cuando la cantidad que puede entrar es menor que la que quiere entrar, hay en la muchedumbre aplastamientos y en el agua convulsiones.

Reinando el Poniente, aunque sea la mas débil brisa, los Douvres tienen que sufrir dos asaltos diarios. La marea sube, el flujo aprieta, la roca resiste, la boca del escollo no se abre, la ola empujada violentamente salta y ruge, y una marejada furiosa azota las fachadas interiores del escollo. Asi es que los Douvres, al menor viento del Oeste, ofrecen este espectáculo singular: fuera, en el mar, la calma; en el escollo, una tormenta.

Este tumulto local y circunscrito, no tiene nada de tempestad; no es mas que una conmocion de olas, pero terrible.

En cuanto á los vientos del Norte y del Sur, toman el escollo al sesgo y no ocasionan sino muy poca resaca en el estrecho. Se debe tener presente que la entrada por el Este confina con la roca el Homme, y que la abertura temible del Oeste se halla en la estremidad opuesta, precisamente entre los dos Douvres.

En esta abertura del Oeste se hallaba Gilliatt con la Duranda encallada y la panza anclada.

Parecia inevitable una catástrofe. Esta catástrofe inminente tenia, en cantidad débil pero suficiente, el viento que necesitaba.

Antes de muy pocas horas, la marea alta debia empeñar la batalla en el estrecho de los Douvres. Oíase ya el rumor de las primeras olas.

Aquella hinchazon de agua, reflujo de todo el Atlántico, tendria en pos de sí la totalidad del mar. Ninguna borrasca, ninguna cólera; no mas que una simple ola soberana conteniendo en sí una fuerza de impulsión que, salida de América para terminar en Europa, tiene dos mil leguas de trayecto.

Esta ola gigantesca del Océano encontrará la resistencia del escollo y, replegada ante los dos Douvres, torres de entrada, pilares del estrecho, hinchada por el flujo y por el obstáculo, rechazada por la roca, empujada por el viento, hará violencia al escollo, penetrará, con todas las contorsiones del obstáculo sufrido y todos los frenesies del agua contrariada, entre los dos muros, hallará allí á la panza y á la Duranda, y las hará pedazos.

Se necesitaba un escudo contra semejante eventualidad, y Gilliatt lo tenia.

Era menester impedir que la marea penetrase de golpe, prohibirla chocar con todo dejándola subir, cerrarla el paso sin negarle la entrada, resistir y ceder, prevenir la compresion del agua en el estrecho, que era todo el peligro, reemplazar la irrupcion por la introduccion, aplacar el furor y la brutalidad de la ola, obligar á esta furia á

morigerarse. Era menester sustituir al obstáculo que irrita, el obstáculo que apacigua.

Gilliatt, con su destreza, mas fuerte que la fuerza, ejecutando una maniobra de camello en la montaña ó de pipí en el bosque, utilizando para sus zancadas oscilantes y vertiginosas la menor piedra saliente, saltando al agua, saliendo del agua, nadando en los remolinos, trepando por las rocas, con una cuerda entre los dientes y un martillo en la mano, desató el calabrote que mantenía suspendido y arrimado al basamento de la Douvre menor el trozo de bordaje de la proa de la Duranda; formó con pedazos de cable una especie de goznes agarrando las tablas á los grandes clavos hincados en el granito; hizo girar alrededor de los goznes aquella armazon semejante á la puerta de una esclusa; la presentó de lado, como un gobernalle, á la ola que se encargó ella misma de aplicar una de las estremidades á la Douvre mayor, mientras los goznes de cuerda sujetaban en la Douvre menor la otra estremidad; procuró despues en la mayor la misma sujecion por medio de los clavos de precaucion que habia clavado de antemano; amarró sólidamente la tablazon al doble pilar de la boca del estrecho; cruzó sobre ella una cadena como un talabarte sobre una coraza, y en menos de una hora quedó levantado un dique contra la marejada y la calleja del escollo quedó cerrada como por una puerta.

El poderoso aparato, pesada mole de tablones y de tablas, que, puesto de plano hubiera sido una almadia, y

verticalmente era una muralla, habia sido, con el auxilio de las olas, manejado por Gilliatt con la destreza de un volatinero. Pudiérase casi decir que se la habia jugado de puño á la marea creciente antes que ella lo notase.

Era uno de aquellos casos en que Juan Bart hubiera pronunciado la famosa frase que dirigia al mar cuantas veces se sobreponia á un naufragio: *¡te has fastidiado, inglés!*

Sabido es que Juan Bart llamaba *inglés* al Océano cuando queria insultarle.

Barreado el estrecho, Gilliatt pensó en la panza.

Devanó bastante cable sobre las dos anclas para que pudiese subir con la marea, practicando una operacion análoga á la que los antiguos marinos llamaban «fondear con barloas.» Gilliatt no habia sido sorprendido, y en todo demostraba la prevision de los casos; un hombre del oficio lo hubiera reconocido con solo ver dos poleas de guindaleza colgadas de un moton detrás de la panza, por las cuales pasaban dos calabrotos cuyos cabos estaban sujetos á los argáneos de las dos anclas.

El flujo sin embargo habia aumentado; seguia la marea creciendo, y habia llegado el momento en que los choques de las olas, aun estando el mar en calma, podian ser mas rudos. Se realizó lo que Gilliatt habia combinado.

El oleaje se desplegaba violentamente hácia el dique, llegaba á él, se hinchaba, y pasaba por debajo. Hácia fuera habia marejada, dentro infiltracion. Gilliatt habia imaginado algo parecido á las horcas caudinas del mar. La marea estaba vencida,

verticalmente en sus mástiles, había sido con el propósito de las olas, manejado por Gilliatt con la destreza de un voluntario. Podríamos casi decir que esa labor, cuando se guio a la mar, fue el momento antes que él se deshiciera. Era uno de aquellos casos en que, para hacer pronóstico en las cosas, más que de la mar, era de la vida que se suponía a un marino. Lo que le sucedió es que Juan Parr, llamado así por su apellido, que era resaca, se le cayó encima cuando se estaba haciendo el estanco. Gilliatt pensó en la posibilidad de que el estanco se le cayera sobre las dos anclas para que pudiese salir con la mar, pero como una persona análoga a la que los antiguos marinos llamaban "fondera" con ellos, Gilliatt no había sido sorprendido, y en todo momento se preparó para lo que se le viniera encima. El hecho de que el estanco se le cayera sobre las dos anclas, por las anclas pasaban los cables, cuyos cables estaban sujetos a los arganes de las dos anclas. El tipo sin embargo había aumentado según le había crecido, y había llegado el momento en que los cables de las olas, que cuando el mar en calma, podía ser más ruidos. Se realizó lo que Gilliatt había combinado. El oleaje se desahogaba violentamente hacia el babor. Llegaba a él, se hinchaba, y pasaba por debajo. En sus brazos había marcado, dentro de la mar, Gilliatt había imaginado algo parecido a las cosas que había hecho antes estaba temblando.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MICHIGAN

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

Las manos estaban libres y sin moverse, quedaban colgadas a lo largo de la chimenea. Desde la mañana había estado al volante por el lado contrario. Gilliatt con su mano izquierda, inspeccionando el motor, con la otra, examinando las cosas, se convenció de que no estaba funcionando. Después de eso, se convenció de que no estaba funcionando. Después de eso, se convenció de que no estaba funcionando. Después de eso, se convenció de que no estaba funcionando.

VIII.

que debía quedar en el buque. Aquel era un signo de tiempo. Gilliatt se puso a pensar en lo que debía hacer. Gilliatt se puso a pensar en lo que debía hacer. Gilliatt se puso a pensar en lo que debía hacer.

PERIPECIA ANTES QUE DESENLACE.

El momento de la vida se cumplió con los trabajos del mar. La cadena del estanco, que estaba en el babor, se hallaba en el estanco. Gilliatt, que estaba en el babor, se hallaba en el estanco. Gilliatt, que estaba en el babor, se hallaba en el estanco.

Había llegado el momento temible.

Tratábase de meter la máquina en la barca.

Gilliatt permaneció pensativo algunos instantes, con el codo del brazo izquierdo apoyado en la mano derecha y la frente en la mano izquierda.

Subió después al buque naufrago, del cual debía sacarse una parte, la máquina, y dejar otra, el esqueleto.

Cortó las cuatro eslingas que á babor y estribor tenían asidas del casco de la Duranda las cuatro cadenas de la chimenea. Como las eslingas eran de cuerda, bastó para cortarlas la navaja.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MICHIGAN

Las cuatro cadenas, libres y sin atadura, quedaron colgadas á lo largo de la chimenea.

Desde la Duranda subió Gilliatt al aparato que habia construido, golpeó con el pie los tablones, inspeccionó los motones, tocó los cables, examinó las cuerdas, se aseguró de que no estaban profundamente mojadas, se convenció de que nada faltaba, de que estaba seguro todo, y despues, saltando de lo alto de los bureles á la cubierta, tomó posición, cerca del cabrestante, en la parte de la Duranda que debia quedar enclavada en los Douvres. Aquel era su sitio de trabajo.

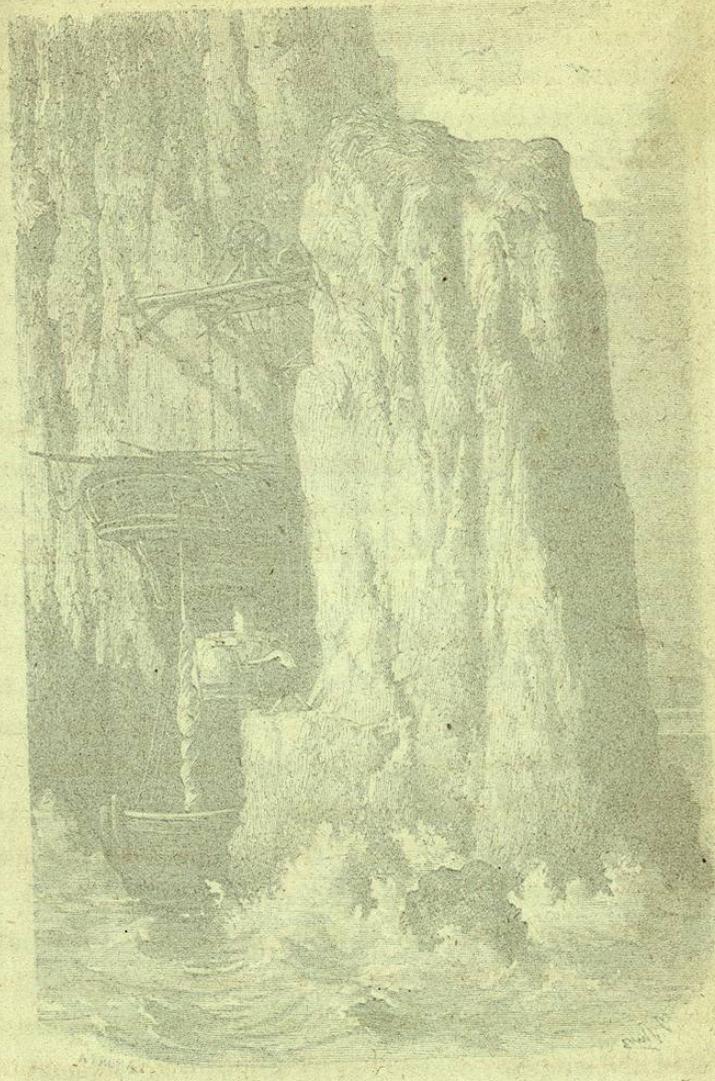
Grave, sin mas conmocion que la conveniente, echó una última mirada á las cabrias, cogió una lima y empezó á cortar la cadena de que estaba todo suspendido.

El rechino de la lima se confundia con los mugidos del mar. La cadena del cabrestante, agarrada al palanquin regulador, se hallaba al alcance de Gilliatt, muy cerca de su mano.

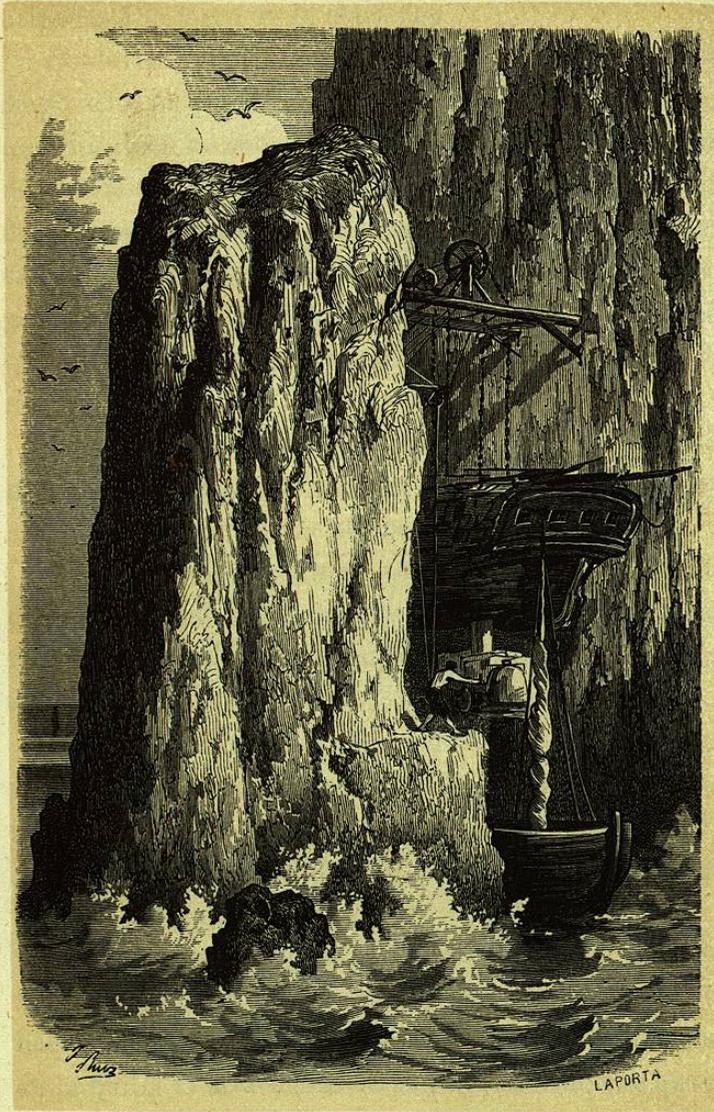
Se oyó de repente un chasquido. La cadena que mordea la lima, cortada ya hasta mas de la mitad, acababa de romperse; todo el aparato se bamboleó.

Gilliatt no tuvo tiempo mas que de apoderarse del palanquin.

La cadena rota flageló el peñasco, los ocho cables se tendieron, toda la mole serrada y cortada se arrancó del buque náufrago, cuyo vientre se abrió, y apareció debajo de la quilla el entarimado de hierro de la máquina que pesaba sobre los cables.



LA SALVACION DE LA MAQUINA.



LA SALVACION DE LA MÁQUINA.

Si Gilliatt no se hubiera asido á tiempo del palanquin, aquello hubiera sido una caída. Pero estando allí su mano terrible, no fue mas que una descension.

Cuando Pieter Bart, hermano de Juan Bart, aquel poderoso y sagaz borracho, aquel pobre pescador de Dunquerque que tuteaba al gran almirante de Francia, salvó la galera Langeron que naufragaba en la bahía de Amblertense, cuando para sacar aquella pesada mole flotante de en medio de las rompientes de la bahía furiosa, rolló la vela mayor atándola con juncos marinos, cuando quiso que éstos, rompiéndose por sí mismos, diesen la vela al viento, se confió á la rotura de los juncos como Gilliatt á la de la cadena, y dió pruebas del mismo extraño arrojito coronado del mismo éxito sorprendente.

El palanquin, cogido por Gilliatt, se mantuvo firme y obró admirablemente.

Recuérdese que su funcion era de amortiguar las fuerzas, concentradas en una sola y reducidas á un movimiento colectivo.

Aquel palanquin tenia alguna relacion con una bolina, solo que, en lugar de orientar una vela, equilibraba un mecanismo.

Gilliatt, en pie y con el puño en el cabrestante, tenia, si asi puede decirse, la mano en el pulso del aparato.

Aquí resplandeció la invencion de Gilliatt.

Se produjo una notable coincidencia de fuerzas.

Mientras la máquina de la Duranda, desprendida toda entera, bajaba hácia la panza, la panza subia hácia la

máquina. El buque náufrago y el buque salvador, ayudándose mutuamente en sentido inverso, iban al encuentro uno del otro. Se buscaban, y se ahorraban la mitad del trabajo.

El flujo, hinchándose sin ruido entre los dos Douvres, levantaba la embarcacion y la aproximaba á la Duranda.

La marea estaba mas que vencida, estaba domesticada. El Océano formaba parte del mecanismo.

El agua subiendo levantaba la panza sin choque, suavemente, casi con precaucion, como si hubiese sido de porcelana y temiese romperla.

Gilliatt combinaba y proporcionaba los dos trabajos, el del agua y el del aparato, é inmóvil en el cabrestante, especie de estatua temible obedecida por todos los movimientos á la vez, regulaba la lentitud de la descension por la lentitud de la subida.

Ningun sacudimiento en el agua ni en las cabrias. Habia una estraña colaboracion de todas las fuerzas naturales, sumisas.

Por un lado, la gravitacion, acarreando la máquina; por otro, la marea, acarreando la barca. La atraccion de los astros, que es el flujo, y la atraccion del globo, que es la gravedad, parecian entenderse para servir á Gilliatt. En su subordinacion, no vacilaban, ni se detenian, y bajo la presion de un alma, eran potencias pasivas convertidas en auxiliares activos.

La obra avanzaba por minutos; el intervalo entre la panza y el buque náufrago disminuia insensiblemente.

La aproximacion se verificaba silenciosamente y con una especie de terror del hombre que estaba allí.

El elemento recibia una orden y la ejecutaba en el acto.

Casi en el momento preciso de dejar la marea de subir, dejaron los cables de devanarse. Súbitamente, pero sin conmocion, los motones se detuvieron. La máquina, como colocada con la mano, habia tomado puesto en la panza. En ella estaba recta, vertical, inmóvil, sólida. La tabla de sostenimiento se apoyaba por sus cuatro esquinas y á plomo en la sentina.

La cosa estaba hecha.

Gilliatt miraba como un loco.

El infeliz no estaba mimado ni viciado por la alegría, y casi se dobló bajo el peso de una felicidad inmensa.

Sintió que se le doblaban todos los miembros, y delante de su triunfo, él, que no habia tenido hasta entonces una turbacion, empezó á temblar.

Contempló la panza bajo el buque náufrago, y la máquina dentro de la panza. Apenas daba crédito á sus ojos.

Hubiérase dicho que no se prometia conseguir lo que habia conseguido. De sus manos habia salido un prodigio, y lo miraba con pasmo.

Este pasmo duró poco.

Gilliatt hizo el movimiento de un hombre que acaba de despertarse, cogió la sierra, cortó los ocho cables, y despues, separado de la panza, gracias á la subida del

flujo, no mas que unos diez pies, saltó á ella, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas preparadas de antemano, y por ambos lados amarró á la orla de la panza las cuatro cadenas de la chimenea que una hora antes estaban amarradas á la orla de la Duranda.

Amarrada la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, á que estaba adherido un pedazo de la Duranda.

Gilliatt lo desclavó, y libró á la panza de aquel cúmulo de tablas que echó entre las rocas. Era un aligeramiento útil.

Por lo demás, la panza, como era de prever, se habia mantenido firme bajo el sobrepeso de la máquina. La panza no se habia hundido sino hasta una línea conveniente de flotacion.

La máquina de la Duranda, aunque pesada, lo era menos que el monton de piedras y el cañon que un dia le sirvieron en Ham de su cargamento.

Todo estaba pues concluido. No habia ya mas que hacer que marcharse cuanto antes.

## IX.

## EL ÉXITO FRUSTRADO APENAS CONSEGUIDO.

No habia concluido todo.

Estaba claramente indicada la necesidad de abrir la boca del estrecho cerrada con un trozo del casco de la Duranda, y conducir en seguida la panza fuera del escollo. En el mar todos los minutos son urgentes.

Habia poco viento y poco oleaje, y la tarde, que estaba muy buena, prometia una hermosa noche. Pero aunque el agua estaba tranquila, empezaba el reflujo á hacerse sentir, y el momento para marchar era escelente. Se tendria la marea descendente para salir de los Douvres y la marea ascendente para entrar en Guernesey, pudiendo la barca hallarse en Saint-Sampson al rayar el dia.